

EL DESVÍO COMO RESISTENCIA¹

Detour as Resistance

Andrea Potestà²

Resumen: El artículo apunta a destacar el estilo propio de la escritura de Blanchot como una posibilidad de resistencia al poder. Se quiere pensar lo siguiente: que el desvío, el *detour*, el estilo y la circularidad propia de la escritura y del pensamiento blanchotianos, que no se cierran nunca en una figura y que proceden siempre en espirales, deciden de una efectividad *política* de la escritura y de la postura filosófica general de Blanchot. El artículo pretende primariamente oponerse a la lectura hecha por Jean-Luc Nancy en el libro *La communauté désavouée*, publicado en 2014, en el que Nancy piensa el gesto suspensivo y nunca afirmativo de Blanchot como una postura aristocrática o apolítica – o incluso ideológica. Al contrario, se pretende poner de relieve la pregnancia política del desvío blanchotiano a la luz del problema de la resistencia.

Palabras clave: Blanchot, Nancy, política, negación, resistencia, escritura

Abstract: The present article attempts to portray the characteristic style Blanchot's writing as a possibility of resistance to power. What is at stake is the following : the detour, the style and the circularity that characterizes Blanchot's own writing and thinking, which never closes itself on a figure and always proceeds by spiral movements, is decisive for a political effectiveness of writing as well as for Blanchot's philosophical standpoint in general. This article sets itself, first, against Nancy's reading in *La communauté désavouée* published in 2014, where Nancy thinks the always suspended, never affirmative gesture of Blanchot as an aristocratic or apolitical standpoint, or even an ideological one. In contrast, we will try to highlight the political appeal of blanchotian detour in the light of the problem of resistance.

Keywords: Blanchot, Nancy, politics, negation, resistance, writing

¹ Ese texto es una reelaboración y extensión de un artículo publicado en *Les Cahiers Maurice Blanchot*: Potestà, Andrea. 2017. "Dans et hors la politique: Nancy critique de Blanchot", *Les Cahiers Maurice Blanchot* 5: 99-106. Ambos son parte del proyecto Fondecyt 1160479.

² Profesor asociado en el Instituto de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile y autor de *La "pragmatica" di Kant* (Franco Angeli, 2004); *Voyage à Syracuse. La déception face à l'écriture de la vérité* (Phocide/Portique, 2009); y *El origen del sentido. Husserl, Heidegger, Derrida* (Metales Pesados, 2013).

Escribir, desvío que aparta el derecho a un lenguaje, aunque fuese pervertido, anagramado –desvío de la escritura que siempre des-escribe, amistad por lo desconocido inoportuno, “real” que no puede mostrarse ni decirse–
Blanchot (2015, 39).

I

En el marzo del 2014, Jean-Luc Nancy ha publicado un nuevo³ libro sobre la comunidad: *La communauté désavouée*. Ese libro ha inquietado indudablemente a la comunidad de lectores de Blanchot⁴, ya que denuncia una grave facilidad historiográfica: el libro de Blanchot *La communauté inavouable* habría sido entendido de un modo completamente inadecuado por sus diferentes lectores (incluido Nancy). Ese libro ha sido acogido como un momento de un esfuerzo colectivo por concebir la comunidad después de las caídas de las ideologías, como la expresión de una preocupación –propriadamente “de izquierda”– para repensar el sentido o la verdad del ser-juntos; pero, en oposición a esto, para Nancy, la anexión de ese libro de Blanchot a la corriente “progresista” del pensamiento revelaría que no se ha entendido bien lo que se está avanzando políticamente con el gesto de Blanchot. O sea, Nancy acusa a la comunidad de lectores de Blanchot de haberlo leído con una benevolencia fácil o de no haber utilizado los justos criterios críticos. O, peor aún, sugiere que este libro ha sido “tolerado” más por la “intimidación” (Nancy 2014, 17n) provocada por la figura imponente del escritor y librepensador Maurice Blanchot, que por sus contenidos.

Es así necesario, para Nancy, realizar hoy un nuevo esfuerzo de lectura para entender la trama escondida subyacente a los argumentos de Blanchot. Es necesario entender por qué razón, a pesar de las apariencias, Blanchot se mantiene, en realidad, a distancia del problema que otros (Nancy mismo, Lacoue-Labarthe, Bailly, Agamben, Esposito y otros) han mantenido vivo. Es necesario hacer un gesto crítico (o autocrítico, ya que Nancy cambia su postura en ese libro del 2014 en relación con otras lecturas hechas sobre Blanchot) para salir del prejuicio (político y filosófico) que se ha instalado y que domina la historiografía filosófica de los estudios acerca de Blanchot (y tal vez también de todos los estudios que conciernen al periodo histórico entero, que va desde la efervescencia política de mayo 68, pasando por todas las lecturas neomarxistas, hasta los pensamientos de la comunidad de los años ochenta y noventa). Se trataría, en suma, de repensar lo que uno cree haber ya pensado y de interrogar con nuevos focos críticos los términos de la cuestión de la comunidad que se cree dominar y que se piensa poder identificar con la actual reflexión política “de izquierda”.

³ Llega después de *La communauté désœuvrée* (Nancy 1986) y *La communauté affrontée* (Nancy 2001).

⁴ Baste citar a ese propósito el volumen número 4 de los *Cahiers Maurice Blanchot* resultado de una jornada de estudio organizada en París el 12 de septiembre del 2014: los directores de la revista anuncian no poder “quedarse en silencio por lo que concierne al impacto decisivo, aunque polémico y controvertido del libro de Nancy” (Cohen y Holland 2015, 5).

El problema historiográfico que concierne al libro de Blanchot no es entonces para Nancy un fin en sí mismo: es la ocasión para volver a pensar una cuestión de una amplitud mucho más extensa. “Nuestra cuestión” (Nancy 2014, 129), como la llama Nancy, recae en la herencia del problema de la comunidad y en la posibilidad de concebir el *poder político de la negación*, o la potencia de la negatividad y de la *resistencia*, en nuestra comprensión de la política. ¿Hasta qué punto la política debe mantenerse en una negación o en un negativo que *no obre* (que sea inoperante) o que *no abra* un sentido? ¿Hasta qué punto el esquema del desvío, del *détour* blanchotiano, la búsqueda de mantener un irrepresentable en el corazón de la presentación o de frustrar el sentido construyendo una relación con la falta, con la pérdida, con la ruptura, con la deflación, con lo fragmentario, no implica de nuevo introducir modelos aristocráticos y heroicos en la política? ¿No debe acaso hacerse atenta y oponerse a tal uso de lo negativo una izquierda que sea verdaderamente consciente de su pasado, de sus recaídas ideológicas, a veces hasta fascizantes o inseparables de la extrema derecha, una izquierda que quiera salir de las ingenuidades que la han históricamente acompañado?

Estas son las preguntas soterradas en el texto de Nancy sobre Blanchot, que sugieren, en suma, que la comprensión de la política que tenía Blanchot no permite oponerse de modo adecuado al deseo (todavía romántico) de *salir de la política*, de ir más allá de la concreta efectividad del ser-juntos. Nancy considera que la “comunidad de los amantes”, la imagen propuesta por Blanchot para pensar una comunión interrumpida, que se alimenta de muerte y que se mantiene en su desobramiento radical, no hace nada más que acercarnos a un espacio, en estricto rigor, *apolítico*. Y el riesgo sería ahí, en la lectura de Nancy, una especie de autoexpulsión de la política en dirección de un modelo antitético a toda política, autodestructor y suspendido en sí mismo.

II

Para entrar un poco más en los detalles, la crítica de Nancy consiste en lo siguiente: el número de la comunidad sería para Blanchot el dos (de los amantes). O mejor, el 1 + 1 de los amantes que nunca hacen verdaderamente dos, ya que se trata con esa figura de la comunidad promovida por Blanchot esencialmente de la oscilación entre el uno de la soledad “incompartible”, que no hace obviamente comunidad, y el dos del amor romántico, que promueve una fusión ideológica de las partes y que debe siempre entonces, para Blanchot, mantenerse en la negación, en el sacrificio, en la castidad y en la autofrustración. Se trataría así del 1 + 1 que suspende la adición. Que *todavía no* es solo uno y que al mismo tiempo *ya no* deviene dos, pues, sencillamente, *no deviene*: se mantiene 1 + 1, suspendiéndose en sí mismo y manteniéndose afuera de toda posible dialéctica (vuelvo más tarde sobre este punto, porque para Nancy emergería en Blanchot una *dialéctica de la ausencia de dialéctica*).

Ahora bien, según Nancy esta solución del número, la oscilación del uno hacia el dos que hace que la comunidad de Blanchot sea imperceptible o “inconfesable”, produce, en el mejor de los casos, la consecuencia de hacernos entender la comunidad como algo que *no tiene nada que ver con la política* (Nancy 2014, 34) o que debe abrir a una “ultrapolítica” (Nancy 2014, 42): la pasión de los amantes, precisamente. De hecho, en Blanchot, la noción de comunidad está abandonada a una hesitación, a una incerteza, a lo que Nancy define en su libro del 2014 como una “anfibología del término ‘política’” (Nancy 2014, 36). Blanchot quedaría incierto sobre los límites de la política, ya que estaría, de hecho, prisionero de lo cual habría sido también promotor: una suspensión o un negativo del que Blanchot no lograría deconstruir la matriz aporética.

¿Cuál es el problema de esta noción de negativo? Es que la “ultrapolítica” hacia la cual se mueve Blanchot produce, según Nancy, una *verdadera recaída ideológica y antidemocrática*. Hoy, según Nancy, no podemos no ver, desde una lectura atenta del texto de Blanchot, que, en lugar de oponerse al riesgo corrido por el Bataille de los años treinta de una “intención heroica de sacrificio”, Blanchot ha tocado el límite del pensamiento de la comunidad en el “abandono al sacrificio” de Madame Edwarda. En la segunda parte de *La communauté inavouable*, Blanchot valoriza, de hecho, *el abandono al sacrificio*, recayendo de nuevo, según Nancy, en una tentación esencialmente romántica. Para Nancy, al concebir la negatividad suspendida de los amantes (suspendida al sacrificio y al abandono) se pondría en marcha un pliegue dialéctico, cuyas consecuencias son contrarias a las intenciones explícitas de Blanchot: en la suspensión, en el “abandono encontrado”, el desobramiento último termina obrándose y lo inconfesable se confiesa. Aunque no nazca una unidad superior, como en la dialéctica hegeliana, que supera la contradicción, al mismo tiempo surge ahí, en el medio de la negatividad pura –y precisamente en la pretendida *pureza* de la suspensión–, una *consolación* o un éxtasis. Literalmente: un éxtasis consolador. En Blanchot, el éxtasis proviene del hecho de mantenerse en el “ni... ni...” (Nancy 2014, 116). Ni esto ni aquello. Nosotros no somos ni juntos ni separados. Ni dentro de la política ni afuera (en la pasión). Ni uno ni dos. Frente a este modelo de la oscilación, comenta Nancy: hay “*coincidencia opositorum* [coincidencia de los opuestos], otra huella romántico-idealista” (Nancy 2014, 84).

III

Aquí estaría el punto. Nancy ve en Blanchot una lógica secretamente dialéctica. Se trata de una dialéctica, como la define Nancy mismo (Nancy 2014, 117), “evasiva”, o sea, de una dialéctica capaz de escapar al problema del número, de suspender la suma y de cerrarse en el fantasma solitario del escritor (en el fantasma, en la ficción, en el *mito* del hombre-mujer que hacen uno solamente en el sacrificio y en la renuncia de hacer uno). Pero siempre se trataría de una dialéctica, y una dialéctica –esta del éxtasis consolador– que no es para nada sin consecuencias políticas. La *suspensión mantenida* se anuda,

observa Nancy, al espectro de un mayo del 68 completamente vaciado de connotaciones políticas. Con el gesto de Blanchot, el espacio de la política deviene un “afuera de lugar”, una “utopía” (Nancy 2014, 75) más allá de toda determinación. Y con esto, observa Nancy, lo cito: “[L]a política se encuentra simultáneamente afirmada (al menos en su nombre) y aspirada en una superación de toda determinación y de toda especificidad” (Nancy 2014, 77). Este sería entonces el verdadero problema que se esconde tras del gesto de Blanchot: Blanchot busca un “equilibrio infinitamente delicado, que no es posible mantener” (Nancy 2014, 77) y, en esta búsqueda de un punto suspensivo imposible, la política se encuentra vaciada y reconducida a su “afuera”. Si seguimos a Blanchot, nos encontramos proyectados *afuera de la política*, afuera de la ley, afuera de toda determinación y especificidad. Somos puros, pero también vaciados. O bien, plenos y convencidos, aunque solamente en el absoluto afuera de una soledad afirmada más allá de todo, en la imposibilidad de una real comunidad y de un concreto compartir (o sea, según un modelo propiamente *aristocrático*).

Para Blanchot, debemos “escapar, saltar, lanzarnos afuera, hacia una posibilidad completamente otra” (Nancy 2014, 77), ya que solo así el equilibrio podrá ser encontrado (y entonces perdido) en la inestabilidad. Y la política será efectiva (y entonces suspendida) en la utopía. Y la pasión será viva (y entonces frustrada) en la castidad infinita. Etcétera.

La dialéctica suspendida y evasiva vista por Nancy en Blanchot terminaría así promoviendo un deseo último, el de elevarse más allá de todo, de encontrarse solos y sin obstáculos, en la plenitud de un placer puro que se mantendría a costa de todo amor real. En Blanchot, ese movimiento devendría así un *nuevo mito*: un espacio misterioso, sagrado, cuya necesidad proviene paradójicamente de la literatura misma que haría posible, como la llama Nancy, una “hipersacralización de la política” (Lèbre y Nancy 2015, 101).

IV

Es clave ahí, como es evidente, la lectura y la interpretación de mayo del 68 y su herencia en la actualidad. La ejemplaridad del 68 ha consistido justamente en su carácter instantáneo, en el aspecto kairológico de lo que vuelve a empezar en cada instante, en una temporalidad separada de la presencia, separada de la duración y, entonces, observa Nancy, *separada de la política*. Mayo del 68 ha sido un llamado hacia un *afuera absoluto*, hacia un espacio extrapolítico que debería fundamentar la comunidad rehusando toda efectividad concreta. Esto no es diferente, según Nancy, de lo que tiene lugar en la comunidad de los amantes descrita por Blanchot. Los amantes están juntos solamente en la desolación de la muerte y terminan por *no compartir nada* (Nancy 2014, 145), como observa muy polémicamente Nancy.

Todo esto –y Nancy termina ahí su demostración con una provocación muy violenta– tiene mucho que ver con “un pensamiento de derecha” (Nancy 2014, 127). Por una parte, porque la posición de Blanchot se asemeja a una especie de anarquismo de derecha, en la medida en que valora la autonomía y la separación radicales, y les agrega una tendencia espiritual parecida a la que había ya avanzado Bataille en los años treinta. Observa Nancy: “[A]lgo de los años 30 resiste insistentemente en 1983 a la democracia” (Nancy 2014, 127-128). Por otra, se trataría de un pensamiento de derecha “ya que se propone recurrir a un mito” (Nancy 2014, 127): la unión imposible de los amantes se fundamenta en una separación de los roles, en la que el hombre llega a tocar su impotencia y su homosexualidad latente, mientras que la mujer se hace “todo-gozante” (Nancy 2014, 148) y sacrificial. Esta construcción mítica de los “roles” de la política de los amantes es para Nancy en todo sentido un mito que actúa como una ficción mística: la ficción de la falta, de la castración a través de la cual, observa críticamente Nancy, “la pérdida del placer es el placer mismo” (Nancy 2014, 151).

Ningún espacio es entonces concedido a lo común y a la comunidad en general, que por fin son concebidos ahí como sinónimos de “gregario” y de “normativo”. Más precisamente, en la comunidad de Blanchot tendría lugar una *valorización de la negación*, que llama a una exaltación espiritual de aquel que se separa de toda dinámica concreta. Solo en la negación, la política es política. O sea, lo es no siéndolo. Solo autodestruyéndose la comunidad es comunidad. Y toda alternativa a esta autodestrucción estaría con Blanchot quemada: la democracia es asociada a la decadencia cultural, ya que defiende un *sentido* del compartir, un valor del estar juntos, y ya en esto sería incapaz de llevarse hacia lo extremo. La política, en cambio, debe hacerse en Blanchot, para Nancy, la experiencia de lo que no puede ser ni experimentado, ni instituido, ni articulado, y en esto debe exceder todas las posibilidades de ser dicho de un modo o de otro. Por esto, se trata de una experiencia de la literatura o de la literatura como experiencia, lo cual es, para Nancy, tan “extático” y vertiginoso que termina haciendo desaparecer a la literatura misma (Nancy, además, lo ha dicho más de una vez, no quiere mucho la literatura de Blanchot que le parece cerebral y carente de sobriedad).

V

Ahora bien, el problema político visto por Nancy en Blanchot es apasionante. Pero nos dispone en una extraña alternativa que me parece que merece un análisis crítico: en su lectura hay, *por un lado*, el “adentro” completamente normativo y gregario de la “democracia de intereses” que vacía el sentido de la comunidad, abandonándonos al mero lado prescriptivo y organizativo de la política, o sea, a lo que típicamente se define “de derecha”, en tanto anula el “con” de la com-unidad para defender la mera gestión de las necesidades sociales; y, *por el otro*, habría el “afuera” de los amantes blanchotianos, que se compenetran únicamente si *no* se tocan y que hacen uno

únicamente si *no* se suman, o sea, si por fin *niegan la comunidad*, lo que nos acerca de nuevo a una posición “de derecha”, ya que aquí se heroíza o se hace extremo, hacia el mito, el gesto suspensivo.

Nancy sugiere con esto que deberíamos encontrar un término medio entre adentro y afuera. Deberíamos encontrar un uso “político” del problema del estar juntos que no se limite a realizar una proyección utópica, ultrapolítica y “evasiva” –y, en esto, mítica–.

Pero ¿qué tan cierto es que exista un mayo del 68 afuera del mito, afuera de la ficción, liberado del soporte literario? O sea: ¿podemos de verdad convocar la instancia de la comunidad sin inmediatamente concebir la utopía o, en todo caso, una proyección asintótica y un porvenir incierto o imposible? ¿No es acaso precisamente la instancia utópica de mayo del 68 lo que ha permitido superar filosóficamente la ilusión de un “comparto [*partage*] absoluto”, o sea, de una comunidad unida y fuerte? ¿No reside ahí la fragilidad propia que caracteriza una postura no cerrada en la inmanencia y la necesidad de correr el constante riesgo de una suspensión repetida, para evitar conformarse con los ideales totalitarios? ¿Y no es precisamente esto lo que está por fin haciéndose en Blanchot con la figura de los amantes que quedan separados de toda consumación erótica del deseo?

Pero, entonces, si comunidad y suspensión son de algún modo, desde mayo del 68, consustanciales: ¿hacia qué reproche mueve precisamente Nancy? ¿Quiere acaso que no se invoque una idea de suspensión, de negación, de resistencia? Pero ¿una política sin suspensión, sin negación y sin resistencia no sería, de partida, excesivamente anudada al poder constituido, al punto de no poderse separar del espacio soberano y policial? ¿O acaso Nancy quiere invocar *otra negación*, no tan negativa, un poco más moderada y suave?

Ese último parece ser el camino indicado. Pero me parece que oponerse a Blanchot por el uso mítico de lo negativo implica pretender hacer una distinción, todo menos que evidente, entre un llamado hacia el afuera y otro. Es como si pudiéramos efectivamente separar el “con” inoperante o incumplido que Nancy reivindica para su noción de democracia o de comunidad, de la interrupción que frustra la democracia en Blanchot. Pero las dos cosas, en realidad, se tocan o se mezclan o hasta parecen ser una sola. En los dos casos, se trata, de hecho, de una pulsión, de la necesidad de un exceso, de la exigencia de romper los confines desoladores del presente. En los dos casos, se trata de salir de la clausura constantemente inminente, de hacer un paso afuera, un paso más allá, ya que, si no se hace ese paso o si no se lo anuncia como posible (a pesar de su imposibilidad), la desolación ocupa toda la escena.

Me parece necesario, entonces, considerar en profundidad esta complejidad: la complejidad que se da (en Blanchot e igualmente en Nancy) entre un “adentro” desolador y un “afuera” heroico y mítico. Siempre se trata, en los respectivos pensamientos de la política, de un movimiento de salida (que no implica necesariamente *el deseo efectivo de encontrarse afuera*). Sin embargo, ese movimiento de salida, su necesidad a pesar de su imposibilidad, *son por fin la democracia o un*

llamado a lo que hoy llamamos así. La democracia existe entre estos dos extremos, entre el vaciamiento de sentido de la gestión de los intereses y la creencia ideológica de un común mítico plenamente realizado. En los dos extremos de esta tensión, la democracia muere: se disgrega en una yuxtaposición de intereses, por un lado, o se hace totalizante y totalitaria, por el otro, negando así su vocación. Pero, en el “entre” de esta alternativa, o en la tensión que se produce, y solamente en ella, la democracia vive.

En este sentido, el presumido heroísmo visto por Nancy en Blanchot con el tema de la comunidad de los amantes no es por fin diferente de la exigencia aquí indicada de *tensionar la política, de tensionar la democracia más allá de sí misma*, según la imagen de un “equilibrio infinitamente delicado, imposible de mantener” (Nancy 2014, 77) entre adentro y afuera. Los amantes de Blanchot no se dirigen a un afuera absoluto y, por esto, no consuman el deseo ni se funden en una unidad, sino que *mantienen el deseo*, guardan la tensión, la inspiración, o sea, *resisten al poder* no siendo, sin embargo, nada más ni nada menos que agentes de ese poder. Pero en esta *tensión vivida* se trata de abrir el espacio de invención, sin fines últimos ni obras, que Blanchot llama “comunidad”.

Me atrevo, así, a afirmar lo siguiente: solo en el riesgo de ese exceso (el mismo exceso que Nancy quiere condenar en Blanchot), existe la democracia como espacio de resistencia a la inmanencia de los intereses. Solo superando el orden de la política puede efectivamente plantearse la cuestión política y su tensión efectiva. Mayo del 68 lo ha enseñado bien, y Blanchot ha sido entre los primeros en verlo y defenderlo: debemos buscar un desequilibrio, debemos correr riesgos, porque solo así se insinúa una instancia de transformación en la inercia de la política. Mayo del 68 es “otro tiempo en el tiempo”, como dice Blanchot, que logra invertir la autoridad y dar a la política su “presencia inocente”, capaz de “ignorar sus límites” (Blanchot 2002, 53). Pero esta ignorancia de los límites, lejos de ser únicamente un heroico deseo de lo *ilimitado* por sí, abre la política a la exigencia de ruptura que le es propia. Blanchot lo precisa del modo siguiente, en un pequeño texto de 1968 que se llama *Afirmar la ruptura*: se trata hoy de la “ruptura con el poder, y entonces con la noción de poder, y entonces con todos los lugares en que predomina el poder”, y sigue: “[A]sumir la ruptura no es solamente mover las fuerzas que tienden a ella, sino que es (...) hacer de tal suerte que el rechazo [*le refus*] no sea solo un momento negativo. Esto es política y filosóficamente uno de los rasgos más fuertes del movimiento [de mayo del 68]” (Blanchot 2008, 183).

VI

En este sentido, la escritura de Blanchot, lejos de ser una suspensión evasiva y dialéctica, propone muy precisamente la idea de un desvío *como* resistencia. Si es ciertamente muy importante insistir sobre la centralidad en la escritura de Blanchot de su rasgo suspensivo, es igualmente cierto que se debe alejar con esto el riesgo de que su

escritura se vuelva retórica o mero ejercicio para intelectuales aristocráticos. Blanchot busca suspender la palabra en su poder, en su eficacia, en su heurística. La escritura es ejecutora de negatividad o de desvío. Y este no es solo un motivo recurrente en sus escritos literarios: la fragmentación de la narración, la suspensión de toda economía del querer decir son también motivos claves de una insistencia filosófica performativa. Hay que, observa Blanchot en *Le pas au-delà*, “escribir lentamente para resistir a la presión de lo que no se escribe” (Blanchot 1994, 151). O sea, se trata una “resistencia”, concebida como la relación de la escritura con algo que *no* se efectúa *en* ella, con algo que *no* se da nunca plenamente, y que al mismo tiempo, de algún modo, *resiste a través de ella, a través de la escritura interrumpida o fragmentada*.

Así no se trata solo del “más allá”, de los amantes que gozan, sino precisamente del llamado de ese “más allá” *en*. En esta estructura del “más-allá-en” [*au-delà-dans*] –la expresión es, como es sabido, de Derrida (Derrida 1997, 138)–, se trata de una transcendencia en la inmanencia, de un más allá de la política que actúa en ella, de un exceso que aparece en la misma fragmentación. Así, no hay que confundir el “paso más allá”, invocado por Blanchot, con un puro, heroico y aristocrático “más allá” (o deseo de situarse en él). La suspensión del poder del discurso, la fragmentación del decir, el desvío de toda “tecnología demostrativa” es la clave de la deconstrucción del saber y la clave de la disposición política fundamental buscada por Blanchot.

La *pregunta más profunda*, como se refiere en *L’entretien infini*, mantiene el mismo esquema de llamado hacia un afuera y trae su sustento precisamente de esta utopía del sin-respuesta y del descentramiento producido por su tensión. Cito a Blanchot: “Mediante la pregunta más profunda, nos damos el vacío que nos permite (...) el deseo. La pregunta es el deseo del pensamiento” (Blanchot 1996, 40). Al contrario, la respuesta es la *desgracia* de la pregunta, ya que desvía la atención hacia el contenido de la respuesta, hacia el pleno gozo racional que anula el deseo. Así, la palabra de la profundidad es en Blanchot una palabra que mantiene un *poder negativo*, una resistencia, se trata de una palabra que molesta, que escapa y se sustrae a toda tematización, es un *operador de inconclusión* y de *intensidad interrogativa*. Por esto, su profundidad permite suspender y congelar toda recaída dialéctica: la palabra plural nos obliga a dar una y otra vuelta, a hacer un “*détour*”, un desvío inconcluso: ella nos posiciona en la sola errancia inquieta de un preguntar infinito.

Pero, entonces, si el preguntar blanchotiano es realmente antidialéctico, o sea, si es realmente suspensivo, es porque el enfrentamiento con lo negativo implica un juego que no produce algún reenvío a un sentido final, ni siquiera el sentido de lo inefable. Y es en este punto que el argumento de Nancy parece chocar con un esquema que, en Blanchot, es claramente alternativo (alternativo, entre otros, al modelo aún místico de Bataille): lo indecible o lo inenunciable o lo indescifrable en Blanchot no ponen un punto final a la nominación, no son el resultado de un proceso, no dicen la última palabra sobre el sentido. Si así fuera, lo negativo se elevaría a valor y el sacrificio sería efectivamente heroizado (como en Bataille, que esconde en la negatividad del “sacrificio desnudo” el secreto de un deseo soberano de darme la muerte). Aunque

Blanchot es claro al respecto: lo negativo no es el último paso, no es el resultado definitivo que acontece con la suspensión, sino que es el motor del nominar, del decir o de la escritura. La escritura encara lo que no deja decirse y *por esto se mueve*. Dice Blanchot en *La escritura del desastre*: “Escribir, ‘formar’ en lo informe un sentido ausente. Sentido ausente (no ausencia de sentido ni sentido que faltaría, potencial o latente). Escribir es tal vez traer a la superficie algo como un sentido ausente, acoger la presión pasiva que todavía no es pensamiento, aunque ya es el desastre del pensamiento” (Blanchot 2015, 71). En esta intención de acoger el desastre, de exhibir el sentido ausente, la negación es –insisto– fuerza trayente, fuerza de tracción, resistencia de la tensión, capaz de hacer entrar aquello que se niega en una dinámica inquieta que no encuentra su fin.

Por esto mismo, como afirma Blanchot, la relación con lo imposible es la apertura misma de la escritura. Cito a Blanchot, y podemos quizá hacer el esfuerzo de leer esta muy conocida frase de Blanchot como una posible respuesta o, por lo menos, como un *desvío* del argumento de Nancy: “Lo imposible no está ahí para hacer capitular al pensamiento, sino para dejarle que se anuncie según otra medida que la del poder” (Blanchot 1996, 62). Así, traduciendo en los términos de la disputa con Nancy: la comunidad de los amantes no está ahí para hacer capitular la política, para confinarnos en la extrapolítica de los aristócratas que se bastan a sí mismos, sino que anuncia *otra exigencia “en” la política*, la necesidad de resistir y de volver a desviar todas las formas de inmanencia que la política, en su praxis, termina construyendo; enseñanza esta que no tiene nada de reaccionario y que, al contrario, *no podemos hoy desestimar*.

Bibliografía

- Cohen-Levinas, Danielle y Holland, Mike. 2015. “Introducción”. *Cahiers Maurice Blanchot* 4: 4-8.
- Blanchot, Maurice. 1994. *El paso (no) más allá*. Barcelona: Paidós.
- . 1996. *El diálogo inconcluso*. Caracas: Monte Ávila.
- . 2002. *La comunidad inconfesable*. Madrid: Editora Nacional.
- . 2008. “Affirmer la rupture”. En *Écrits politiques 1953-1993*, 104-106, París: Gallimard.
- . 2015. *La escritura del desastre*. Madrid: Trotta.
- Derrida, Jacques. 1997. *Adieu. Á Emmanuel Levinas*. París: Galilée.
- Lèbre, Jérôme y Nancy Jean-Luc. 2015. “Entretien sur La Communauté désavouée”. *Cahiers Maurice Blanchot* 4: 91-105.
- Nancy, Jean-Luc. 1986. *La communauté désœuvrée*. París: Christian Bourgois.
- . 2001. *La communauté affrontée*. París: Galilée.
- . 2011. *Maurice Blanchot, Passion politique*. París: Galilée.
- . 2014. *La communauté désavouée*. París: Galilée.